



# Mmodernización reflexiva\*

Ulrich Beck

Por doquier se habla del fin..., del estado nacional, de la democracia, de la naturaleza, del individuo, de la modernidad. Va siendo hora de preguntar por el principio que se halla oculto en cada final, también en aquél. La perspectiva de modernización reflexiva enlaza ambos enfoques del problema: a la pregunta de qué se disuelve se contraponen la de qué surge: la pregunta sobre los contornos, principios y oportunidades que ya hoy se perfilan de una segunda modernidad, no lineal, global, «con intenciones cosmopolitas» (Kant). Sin embargo, plantear esta cuestión no significa para nada poder responderla también.

Para prácticamente todas las esferas del accionar social se afirma entretanto, furtiva o eruptivamente, que se está produciendo un derrumbe de lo que hasta el momento se han considerado evidencias básicas. Aunque esta ambivalencia resulta llamativa: lo que para unos se aparece como decadencia y crisis, a otros se les antoja un impulso hacia nuevas riberas. Donde más claro se ve esto es allí donde hasta 1989 dominaron las «eternidades» del conflicto Este-Oeste: en la política exterior, pero también en la interior, al igual que en el esquema izquierda-derecha de los partidos políticos.

\* «Reflexive Modernisierung», *Archplus*, nº 146, abril 1999, pp. 18-19. El original del presente texto es una versión abreviada de «Das Zeitalter der Nebenfolgen und die Politisierung der Moderne», en: Ulrich Beck/Anthony Giddens/Scott Lash (eds.), *Reflexive Modernisierung. Eine Kontroverse*, Frankfurt am Main 1996, p 19 y ss.

© *Archplus*, 1999, sobre el original; *Crerios*, 2007, sobre la traducción. Cuando se cite, en cualquier soporte, alguna parte de este texto, se deberá mencionar a su autor y a su traductor, así como la dirección de esta página electrónica. Se prohíbe reproducirlo y difundirlo íntegramente sin las previas autorizaciones escritas correspondientes.

## 2 Ulrich Beck

Pero la erosión de la modernidad industrial, tal y como ésta se desarrolló desde el siglo XIX en Europa e irradió desde entonces a todo el mundo, no es una consecuencia de 1989. En el principio estuvo la cuestión ecológica. Con ella, premisas básicas del pensamiento y el accionar europeos se vuelven cuestionables: el mundo de ideas en torno al crecimiento ilimitado, la confianza en el progreso técnico, la contraposición de naturaleza y sociedad.<sup>1</sup> Pero el cuestionamiento de la modernidad industrial hace mucho tiempo no está limitado a la alarma por causa de la crisis ecológica, sino que roe casi todos los modelos de ordenamiento de lo social: en la industria y en la sociología de la industria se está hablando del fin de las jerarquías tayloristas de división del trabajo y de la producción en masa fordista, e incluso hasta de la desaparición de la empresa («racionalizaciones de sistema»)<sup>2</sup> Modelos de familias pequeñas y las correspondientes recetas de roles fracasan en vista de la muy normal falta de transparencia de la vida matrimonial o no matrimonial en común o separada dentro de uno o varios hogares, dentro de las posibilidades de divorcio formal e informal, por un lado, y de la progenitura posmatrimonial, del otro.<sup>3</sup>

En el ambiente de seguridad del estado de bienestar irrumpen y salen por doquier nuevas inseguridades. Se hace necesario diferenciar también en nuestro idioma entre *insecurities* (inseguridades sociales [en el sentido del estado social]), *lack of safety* (amenazas a la salud y a la vida a causa de tóxicos, criminalidad y violencia) así como *uncertainties* (pérdida de certidumbre, por ejemplo: de la fe en el progreso, la ciencia y el conocimiento experto). La consecuencia: surge —también tras la fachada del bienestar establecido— una nueva fragilidad de las condiciones sociales y las biografías. Cómo entenderla, arrostrarla e investigarla: eso no lo sabe nadie muy bien que digamos.<sup>4</sup>

Esto es tanto más válido cuanto que las identidades sociales que se han ido conformando con la sociedad industrial —corporativas culturas de clase, separación en mundo masculino (profesión) y mundo femenino (fami-

<sup>1</sup> Desde el punto de vista teórico-histórico P. Wehling (1987), W. Bühl (1980), a modo de resumen y prospectivamente M. Scharping/C. Görg (1994), B. Latour (1995).

<sup>2</sup> G. Bechtle/B. Lutz (1989), N. Beckenbach/ W. Treeck (1994), H. Matthies/U. Mückenberger/ C. Offe/E. Peter/S. Raasch (1994), S. Lash/J. Urry (1994).

<sup>3</sup> E. Beck-Gernsheim (1994), F. X. Kaufmann (1994), K. Lüscher ( ... )

<sup>4</sup> U. Beck/A. Giddens/S. Lash: Modernización reflexiva. Una controversia. Frankfurt del Meno 1996, p. 87ss.

lia)— se están disolviendo rápidamente.<sup>5</sup> Así las irritaciones del posfeminismo se convierten en nueva carta de triunfo en el conflicto de género.<sup>6</sup> Tales procesos de *individualización*<sup>7</sup> van acompañados, sin embargo, de procesos de *globalización*.<sup>8</sup> «Somos la primera generación que vive en un orden postradicional de dimensiones cosmopolitas» escribe Anthony Giddens. Eso también significa: las viejas fronteras entre vida pública y vida privada ya no protegen. Surgen nuevas redes y monopolios de comunicación mundiales. La vecindad se convierte en condición independiente del lugar, movimientos sociales de magnitud mundial se hacen posibles. Todo esto se suma a una «crisis a fuerza de triunfo», en plenitud de desarrollo, de las instituciones y legitimaciones políticas de Occidente tras el fin de la Guerra Fría. El proyecto europeo de un industrialismo democráticamente ilustrado se está derrumbando, pierde el fundamento.

Quien tenga a la vista estos desplazamientos y erosiones en la estructura básica de la modernidad europea, tiene que ver cómo y dónde surgen nuevas estructuras, coordenadas, orientaciones. Si en el contexto de estabilidad de los años 70 y 80 dominaba la perspectiva de disolución, en el ambiente de inseguridad tras el fin de la Guerra Fría la perspectiva de reestructuración se vuelve central. Aquí, sin embargo, se halla una dificultad central: si acaso, lo que se hace es buscar nuevas formaciones estructurales en el horizonte de las viejas categorías.

<sup>5</sup> U. Beck (1986), Parte II.

<sup>6</sup> Por ejemplo Donna J. Hataway (1993).

<sup>7</sup> U. Beck/E. Beck-Gernsheim (1993), (1994); Talcott Parsons se ocupa en uno de sus últimos grandes ensayos (1974) tanto de la centralidad de una modernización a la vista o ya en marcha como de los modelos de reacción que cabe esperar; al respecto Parsons acaba también con el usual malentendido que iguala individualización con egocentrismo:

In the pattern of institutionalized individualism the keynote is not the direct utilitarian conception of the 'rational pursuit of self-interest', but a much broader conception of the self-fulfillment of the individual in a social setting in which the aspect of solidarity ... figures at least as prominently as does that of self-interest in the utilitarian sense ...

That is to say: I expect the new religion of love will manifest a strong individualistic emphasis, that people will love as individuals, and that they will form attachments of love to other objects also with a very high valance attached to the individuality of the object. (p. 223s)

<sup>8</sup> I. Wallerstein (1986), R. Robertson (1992), S. Lash/J. Urry (1994), Parte 4, así como Anthony Giddens (1990) y (1996).

#### 4 Ulrich Beck

Se apuesta al pathos de la nación para superar [*aufheben*] la sociedad individualizada. Matrimonio, paternidad, amor, convivencia, hogar se derrumban; lo que así surge se expresa, sin embargo —con la campechana levedad de la mirada ciega para la historia—, con la acogedora palabra nicho «familia». Se vitorea el crecimiento económico *sin* ver y tomar nota también del crecimiento del peligro unido a él. Nos afligimos por el creciente desempleo a pesar del auge económico, pero no nos atrevemos a pronosticar cómo tiene que cambiar la autocomprensión de una sociedad del trabajo remunerado a la que se le está acabando el trabajo remunerado; cómo más allá de ese trabajo pueden ser posibles para la comunidad las seguridades sociales, las identidades, la democracia misma. Es decir: todos los cambios tienen que empezar en el *pensamiento*, con el trabajo en el concepto. Se trata de contraponer a la *primera* modernidad —con su acento en la industria, el estado nacional, las clases sociales, los roles masculino y femenino, la pequeña familia, la fe en la técnica, el monopolio de la verdad científica, etc.— los contornos de una *segunda* modernidad para la que primero debemos sensibilizarnos conceptualmente, o sea necesitamos conceptos, controversias. En el tránsito a la segunda modernidad la estructura interna de la primera modernidad no sólo se cuestiona y disuelve —entre otras cosas a través de individualizaciones y globalizaciones, inseguridades y peligros producidos sistémicamente—, sino que al mismo tiempo surgen, más allá del ortodoxo esquema de orden de las instituciones y formas de vida de la sociedad industrial, otras identidades, actores, estilos políticos, modelos de relaciones y formas de responsabilidad para los que, con vistas a poder percibirlos y tomarlos en serio, falta a menudo sencillamente el lente conceptual. También a esta formación de categorías apunta la «modernización reflexiva».

«Modernización reflexiva» pretende significar: *autotransformación* de la sociedad industrial (que no es lo mismo que la autorreflexión de esa autotransformación); o sea disolución y sustitución de la primera modernidad por una segunda cuyos contornos y principios hay que descubrir y conformar. Es decir: las grandes estructuras y semánticas de las sociedades industriales nacionales se transforman, desplazan, rehacen (por ejemplo a través de procesos de individualización y globalización) y lo hacen en un sentido radical; de ninguna manera —como lo sugiere la expresión comodín modernización «*reflexiva*»— de un modo necesariamente consciente y voluntario, sino más bien *irreflexivamente*, *involuntariamente*, justo con la fuerza de «efectos colaterales» encubiertos (mantenidos así). Los efec-

tos son, en primer lugar, *inseguridad*; en segundo, *politización*; en tercero, una *lucha por (nuevas) fronteras*. Si se lo expresa en dicotomías, se puede decir: *seguro* — *inseguro*, *político* — *apolítico*, *interior* — *exterior* se pueden convertir en nuevos principios guías de la segunda modernidad, mediante los cuales se pueden formar o reconstruir estructuras y líneas de conflicto.

Éste es quizás el más notable mensaje de la teoría de la modernización reflexiva: no se trata solo de efectos colaterales externos, sino de *efectos colaterales internos de los efectos colaterales* de la modernización de la sociedad industrial. No se trata, para hablar con un ejemplo, de la «enfermedad de las vacas locas» como tal, de lo que le hace a animales y seres humanos, sino de qué actores, responsabilidades, mercados, etc. resultan «electrizados», cuestionados por ella, probablemente se derrumban, y qué turbulencias, con sus difícilmente delimitables reacciones en cadena, se producen a través de la misma involuntariamente, sin querer, en los centros de la modernización económica y política.

La expresión clave «autotransformación de la sociedad industrial» arroja una luz característica sobre el estado del mundo. La abrumadora mayoría de los países anda resollando más o menos inútilmente tras los objetivos de la *simple* modernidad industrial.<sup>9</sup> Para muchas sociedades las instituciones de la primera modernidad resultan tan tentadoras como inalcanzables. No disponen ni de un seguro monopolio de la violencia ni de una legalidad, o sea, tampoco de la combinación de ambos: el estado constitucional. Aparte de ello tampoco tienen una economía potente. Gran parte de la población no sabe ni leer ni escribir y vive por debajo del mínimo de subsistencia. *Al mismo tiempo* (en la contradicción de épocas que coexisten) en los centros de la modernidad las bases y objetivos de la modernidad industrial se diluyen políticamente. Así, de una parte se potencian las inseguridades y se agudizan las dependencias. Pero de la otra se derrumba también el monopolio occidental de la racionalidad y el desarrollo, y sólo entonces es que las culturas del mundo pueden ser capaces de abrirse al diálogo global. Se hace necesario y posible un intercambio mundial sobre lo que puede y debe significar «desarrollo» —no solo en los países llamados «subdesarrollados» sino también en los «altamente desarrollados»— en el futuro.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> U. Menzel (1992), D. Senghaas (1994), M. Zürn (1994).

<sup>10</sup> U. Menzel (1994), U. Beck (1993).

## 6 Ulrich Beck

En el punto de giro hacia el tercer milenio, la civilización se encuentra en una caótica simultaneidad de lo asimultáneo: al tránsito a la primera modernidad, que está estremeciendo al mundo poscomunista y a los países del sur, la autotransformación de la sociedad industrial le sustrae bases y objetivos.

El verdadero núcleo del dilema del desarrollo se halla en la *asimultaneidad* existente de país a país en los procesos de modernización, en el desenvolvimiento de competencias y poder en fases dislocadas en los distintos países y en la presión represora ante sociedades subalternas que de ello resulta... El mundo establecido del antiguo Occidente se ve enfrentado por consiguiente a una múltiple presión de problemas: ...competencia en la represión y migración son ... sólo las dos caras de la misma medalla, son extremos en las repercusiones de la bosquejada asimultaneidad de procesos de modernización exitosos, fracasados e infructuosos.<sup>11</sup>

Cabe añadir: y de procesos de modernización reflexivos, capaces de cuestionarse a sí mismos.

Modernización reflexiva significa, pues, un cambio de fundamentos, primeramente *irreflexivo* —por así decir, mecánicamente autodinámico— de la sociedad industrial desarrollada, que, como consecuencia de la modernización *normal*, se produce de manera *no* planificada y furtiva, y que en caso de existir un orden económico y político constante, probablemente intacto, apunta a tres objetivos: una *radicalización* de la modernidad, que *disuelve* las premisas y contornos de la sociedad industrial y abre caminos a *otras* modernidades... o *contramodernidades*.<sup>12</sup>

O sea, la modernidad reflexiva defiende lo que los dos testigos principales de la modernización «sencilla» —es decir, clásica— de la sociedad industrial —marxistas y funcionalistas— excluyen en el consenso de su oposición: revolución *no*, pero sí *otra* sociedad.

Traducción del alemán: *Orestes Sandoval López*

<sup>11</sup> U. Menzel (1994), p. 92s.

<sup>12</sup> Cf. U. Beck (1993), capítulo III.